

El guardián de almas

Bruce Boston

Traducción:
Ana María Niedo Calvo



Para Maggie con amor, y gracias por el título.

Gracias también a Tyree Campbell,
G. O. Clark, y Malcolm Deeley
por su apoyo.

Extracto del archivo personal de Sol Thatcher, guardián de almas, G-21, jubilado.

Para el noventa por ciento de la población, el condicionamiento primario crea ciudadanos estables, individuos capaces de expresar su individualidad de una manera socialmente aceptable. El recondicionamiento logra que el despreocupado diez por ciento restante se adapte mediante la eliminación de los defectos de carácter y la canalización de los rasgos negativos hacia fines socialmente útiles. Aun así, a pesar de los enormes esfuerzos que realizan nuestros guardianes de almas, en algunas ocasiones queda algún que otro caso anómalo en nuestro mundo que destaca entre nosotros. Tomemos por ejemplo el caso de Richard Thorne, un hombre cuyos perfiles de personalidad revelaban numerosos defectos de carácter a pesar de que no daban indicio alguno de los delitos que era capaz de cometer.

El análisis cibernético del comportamiento, conocido como ciberescáner, es la herramienta más sofisticada que hemos desarrollado para tratar con las desviaciones de la norma. El escáner es capaz de trazar los detalles de una vida en forma de matriz holográfica. Cada vida se ma-

terializa como un entramado de líneas de colores que adopta la forma de una flor de tallo estrecho y corola cónica. En el tallo se encuentran las líneas que van del pasado al presente. Las líneas que están en la corola ofrecen una sugerencia de las posibles alternativas para el futuro del individuo al que se esté examinando.

En las intersecciones de la matriz se pueden encontrar nodos de luz más fuerte. La circunferencia de un nodo denota su importancia como factor determinante de comportamiento.

En casos de desviaciones de la norma, la forma de la flor comienza a desintegrarse. Cuando el comportamiento anómalo se encuentra en el pasado, es el tallo el que aparece deshilachado e irregular. Cuando se prevé una futura anomalía, los rayos de la corola se muestran más anchos. La aplicación de técnicas avanzadas de condicionamiento es capaz de reagrupar líneas predictivas y restaurar la configuración de la flor.

Cuando se le aplicó el ciberescáner a Richard Thorne nos encontramos con una proyección única. Su matriz no poseía definición alguna y estaba rodeada por una explosión de líneas discontinuas y extrañas. Los nodos más importantes no estaban determinados. La proyección de Thorne se asemejaba a una maraña de malas hierbas más que a una única flor. Su anomalía parecía salir de la nada sin causa genética o ambiental que se le pudiera relacionar. El comportamiento de aquel hombre desafiaba cualquier explicación racional.

Anomalía

Tras la demolición del barrio bajo de la pasada primavera que estaba destinada a completar la transformación del sector Delta en un entorno controlado moderno, al norte de los nuevos complejos residenciales quedaba un pequeño reducto de unos doce bloques. Aquella porción no recuperada de la vieja ciudad era el recuerdo de la miseria que en su día reinaba sobre toda la zona sur. Richard Thorne a menudo se desviaba de camino al trabajo para pasar por la pequeña maraña de calles lúgubres y deslucidas que la mayor parte de los ciudadanos evitaba.

Como en aquella zona no se había destinado terreno alguno para el ocio, era frecuente encontrar a los niños jugando en las aceras. Los vendedores sin licencia se movían por los estrechos caminos y sacaban sus mercancías de carritos o de las mochilas que llevaran a la espalda. Hombres sin afeitar de edades variadas pululaban y confraternizaban aleatoriamente en las fachadas de los bares o en las esquinas de las tiendas. Las mujeres tendían la ropa en las ventanas de la segunda y tercera planta de los bloques de pisos en cuerdas puestas allí de manera improvisada, y se llamaban las unas a las otras a gritos, para poder oírse por encima del ruido de la calle que había debajo.

Para Thorne aquel desvío matinal en el camino hacia el trabajo era como un viaje al pasado, un pasado que en los momentos de máxima actividad de su imaginación alcanzaba proporciones idealizadas. Mientras su silueta alta y angulosa bajaba por las calles desiguales, él se veía como si ocupara otro lugar en la historia. Veía la vida como debía haberse vivido antes de los Años Grises, antes de las migraciones masivas, antes de la matanza y de las plagas. El clima no había cambiado todavía y la parte habitable de la Tierra era mucho mayor. Era una época en la que la individualidad sin canalizar, todavía era vista como una virtud.

La gris realidad del barrio bajo desaparecía para ser sustituida por sus propias invenciones. Hechos y personajes conocidos se entremezclaban en su mente. Adoptaba el papel de otra vida distinta a la suya y se abría paso de una fantasía a otra. ¿Un héroe conquistador?, ¿un rey filósofo?, ¿un rebelde de ojos salvajes o estadista de renombre? Fuera cual fuera el papel que adoptara en sus fantásticos viajes, siempre salía victorioso y reverenciado, siempre dejaba su huella en la historia.

Después, Thorne se encontraría con que ya estaba en el trabajo.

Las paredes de cemento de su oficina parecían echársele encima, y tras estas, las de su propio cubículo. Aparecían ante él su escritorio y su terminal. El murmullo de conversaciones a media voz y el ruido blanco de la fiesta electrónica se colaba en sus pensamientos. Los pósteres que había en las paredes, sus tópicos en colores básicos y letras de molde, le recordaban:

El espíritu de equipo es trabajo en equipo.

El estado de la ciudad es la ciudad estado.

Mañana... el futuro perfecto.

Con el sentido de la realidad restaurado, él se ocupaba de la tarea que le había sido asignada, La de procesar estadísticas para el Control de Estándares de Delta.

Sin embargo, había otras ocasiones en las que Richard Thorne elegía adentrarse en aquella porción no recuperada de la vieja ciudad. Sin que lo supiera su compañera escogida, Diana Logan, se aventuraba en su interior por la noche a buscar a una mujer de la calle; el comercio ilegal de sexo seguía siendo buen negocio en lo que quedaba del barrio bajo y era fácil encontrar a prostitutas sin licencia ejerciendo tanto en la calle, como en los destartalados bares del lugar.

Durante uno de sus paseos nocturnos sin rumbo, Thorne conoció a Josie, a quien después de que los acontecimientos siguieran su curso y se hubieran derrumbado las paredes de su mundo como si de un castillo de naipes se tratara, llegó a ver como su libertadora.

Como muchas otras parejas modernas de compañeros escogidos, Richard y Diana habían elegido la noche de los martes para dedicarla a su propia libertad personal. Como aquello se había popularizado entre la población emparejada, la noche de los martes se había convertido en una de las más despreocupadas y alegres de la vida nocturna de la ciudad estado, desde el sector Alfa al Omega.

Cuando el sol se esconde y comienza a caer la oscuridad, los barrios del entretenimiento se llenan de luz. Las pasarelas móviles que conducen hasta ellos se llenan de risas y conversaciones animadas entre los ciudadanos. La música llena las calles. De vez en cuando, en un lugar u otro, aparece algún guardián de almas con el atuendo verde bosque propio de su profesión, entre la muchedumbre vestida de colores mucho más brillantes, para restaurar el orden en caso necesario. Rara vez hay problemas. Hay tantas cosas

que hacer, la oferta de entretenimiento es tan amplia, la alegría está tan omnipresente que las insatisfacciones se evaporan antes de llegar a manifestarse.

El comportamiento de Diana los martes por la noche era el normal de una mujer de su edad, veintinueve años, de su profesión, arquitecta de G-15, y de su estatus social. Se metía en el cuarto de baño de su piso para ponerse su disfraz, una máscara dérmica que eliminaba sus pecas y ensanchaba sus facciones, una peluca rubia corta que escondía su cabello caoba. Salía una mujer diferente. Si no fuera por las larguísimas piernas y sus grandes y desbordantes pechos, Richard no la podría reconocer. Ahora Diana podía conocer y mantener relaciones íntimas con hombres igualmente anónimos sin miedo a complicaciones futuras.

Hacía poco que unas cuantas de las amigas de Diana, más progresistas, habían decidido deshacerse de tal disfraz y exhibían sus identidades como una nueva clase de libertad. Diana no tenía intención de asumir tales riesgos. Estaba satisfecha con su emparejamiento. Su unión estaba aprobada por la ciudad estado y sus carreras progresaban a buen paso. Su compatibilidad eugenésica rozaba el noventa por ciento, lo que significaba que eran candidatos a tener descendencia si así lo decidían. El piso que tenían en aquel momento, uno moderno de dos habitaciones con micrococina, era más que suficiente. Si no se producía ningún cambio demográfico imprevisto, pronto se mudarían a un complejo residencial de nivel más alto. Su nueva casa sería más espaciosa y se les permitiría una mayor expresión a través de su decoración. Fueran cuales fueran las aventuras que Diana planeara para los martes por la noche, siempre tenía en mente dejarlas atrás a la mañana siguiente.

A Richard la libertad del martes por la noche le planteaba otro problema. A pesar de ser de complexión delgada, no era un hombre sin atractivo. Su rasgo más llamativo eran unos ojos azules que contrastaban con fuerza con su cabello oscuro. Diana, en los tiempos de cortejo, una vez los había llamado «ojos de océano». Una nariz aguileña y unos labios carnosos completaban un rostro sensato que muchas mujeres encontraban atractivo. Claro que la máscara dérmica eliminaba todo menos los ojos y el pelo, y eso no era suficiente para contrarrestar todas las otras deficiencias de Thorne.

Carecía de confianza en sí mismo y de habilidades sociales. Su mente tenía tendencia a vagar por los caminos de la fantasía. No era suficiente encontrar una mujer, pasar con ella unas horas a la vez que compartían las múltiples atracciones de la ciudad estado y tener relaciones íntimas con ella. Para Thorne, se tenían que decir las palabras adecuadas y hacer lo adecuado. Su encuentro tenía que desarrollarse según la escena romántica e idealizada que había creado en su mente.

La máscara dérmica, que era una réplica casi perfecta de un rostro humano, esencial para el anonimato de los martes por la noche, presentaba otro obstáculo. A Thorne no le importaba llevar una máscara, pero estar con una mujer que llevara una le hacía especular sin límite. A lo lejos, en una calle llena de gente o en una pista de baile, veía una cara, interceptaba una mirada que le hacía responder.

Mientras se acercaba la ilusión se mantenía.

Entonces comenzaría el encuentro y no podría evitar intentar atravesar el disfraz de su posible pareja.

¿Qué rostro se ocultaba detrás de aquella otra cara sonriente?

¿Sería menos agraciada o más hermosa?, ¿la piel sería más clara o más oscura que la máscara que la ocultaba?

¿Conocería a aquella mujer en su vida diaria?

El resultado era un encuentro que se malograba de manera brusca, por lo general con una retirada embarazosa de Thorne. O para más humillación, aparecería otro hombre en escena, un macho sin las preocupaciones debilitantes del sujeto que nos ocupa. Thorne se quedaría solo, mirando el interior de su copa, sin saber qué hacer después.

Para Thorne la libertad de los martes era más fuente de frustraciones que de satisfacción. Las aventuras de Diana, que a veces le contaba con todo detalle cuando regresaba, no eran de ayuda. Una vez quedó claro que había un problema, como buenos compañeros escogidos modernos, llegaron al punto en el que Richard y Diana hablaron del problema de manera abierta y llegaron a una conclusión lógica.

Al segundo año de tener pareja, Richard Thorne empezó a visitar los salones de expresión. Si hubiera sido otro hombre, si la falta de seguridad, su excesiva sensibilidad, y un ansia poco natural por el pasado hubieran sido sus únicas anomalías, nuestra historia habría acabado. En los salones de expresión a todo ciudadano se le ofrece la oportunidad de interpretar sus fantasías más elaboradas. Allí Thorne podía encontrar satisfacción sexual y jugar a sus juegos de historia, por muy falso que fuera su punto de vista. Podía reclamar, al menos por un tiempo, el romanticismo que tanto deseaba.

Martes por la noche de principios de invierno. Como cualquier otro martes por la noche, la ciudad estado cobraba vida. Aquella mañana había llegado del nordeste un frente frío con su consiguiente tormenta. El hombre del tiempo

había desviado la mayor parte de su fuerza a las Tierras Muertas. La temperatura estaba por debajo de los treinta y tres grados de mínima que había establecido el Control de Estándares. La presión barométrica estaba subiendo y en el aire de la noche quedaba suspendida una fina capa de niebla.

Thorne se quitó la máscara dérmica de la cara y se echó para atrás un mechón de pelo. Las gotas en suspensión estaban frescas y le proporcionaban una sensación agradable en las mejillas. Llevaba un mono ajustado azul oscuro con cinturón y una bufanda estampada suelta alrededor del cuello.

Se había marchado del piso mientras Diana todavía se estaba preparando para la noche. En un ataque repentino de aprensión, Thorne se imaginó que podría estar vigilándolo. Se detuvo a medio camino, miró hacia atrás por encima de su hombro y hacia arriba, observó la fachada de su bloque de pisos. Miró sin ton ni son y se perdió entre la multitud de ventanas, no estaba seguro de cuál era la de ellos.

Daba lo mismo, todas estaban oscuras o mostraban unas cortinas de luz inmóviles.

Si Thorne hubiera pensado ir a los salones de expresión, se habría dejado puesta la máscara dérmica hasta haber pasado las colas y haber entrado en su habitación de aquella noche. Aunque nos esforcemos por vivir en el presente, los estigmas del pasado sobreviven. Thorne sabía muy bien que no había por qué hacer pública su asistencia a los salones, para que se convirtiera en tema de conversación entre sus amigos y compañeros de trabajo.

Aquella noche tenía otro destino en mente. Al final de la manzana giró a la izquierda y aceleró la marcha mientras sus pasos lo llevaban en dirección a los restos del barrio bajo.

Durante varios de los últimos meses sus paseos sin rumbo de los martes por la noche lo habían llevado con

frecuencia hasta aquella zona de la ciudad en la que residía el sector Delta no registrado. Allí podía pasar la noche bebiendo y observando, fingiendo que su vida era otra distinta. A pesar de que no era ilegal que Thorne visitara el barrio bajo, iba en contra del espíritu del código según el cual todos los profesionales habían jurado vivir con la vista en un Futuro Perfecto más que en un pasado imperfecto.

Thorne había ido más allá de las meras visitas y la observación. Más de una vez había infringido la ley al tener relaciones íntimas con una prostituta sin licencia. Ninguna de ellas había sido nada excepcional, ninguna de ellas había sido tan satisfactoria como las cortesanas de los salones. A pesar de no ser el único ciudadano culpable de aquella transgresión, el hecho de que regresara y persistiera en sus ofensas proporciona la primera muestra de que su caso era de anomalía.

La transición al barrio bajo era brusca.

En un momento, Thorne estaba caminando en un entorno moderno y planificado. A ambos lados edificios immaculados trataban de llegar al cielo, edificios decorados como paisajes con plantas artificiales, artísticamente iluminados con luces cambiantes. Diana estaba orgullosa de haber participado en el diseño de aquellos complejos. Al momento siguiente, al cruzar una calle menor, el barrio bajo estaba sobre él. En su imaginación, Thorne viajaba siglos atrás en el tiempo hasta que podía fingir que caminaba por una calle del pasado.

Allí las estructuras eran descomunales e irregulares, sin concepto de unificación alguno. La impresión de entrar en otro mundo quedaba más acentuada si cabe por la insuficiente iluminación, arcaicas farolas de globo, muchas de las cuales estaban rotas y sin encender. Las que todavía lucían

estaban envueltas en la bruma que caía y formaban halos de luz. La humedad oscurecía los deteriorados edificios y el pavimento. Las corrientes de agua brillaban en las alcantarillas, y aquí y allí, viejos rótulos de neón, chabacanos y parpadeantes, estaban prendidos en la oscuridad y anunciaban el nombre de un bar, un restaurante, o una simple orden: «Comer».

En términos de visión, el cuadro era como un sueño, aunque la mayoría de los ciudadanos lo habría calificado de pesadilla. Allí se encontraba una herencia de un pasado que habíamos dejado atrás, una historia de desorden e injusticia donde, en el fondo, todo individuo no podía ser más que un enemigo, tanto para los otros, como para la sociedad.

Si se unía con las otras percepciones cualquier sensación de ensueño se perdía en una realidad que era demasiado sórdida como para negarla. Bajo los pies de Thorne la acera estaba manchada y llena de basura. De los pisos que daban a la calle salían voces y chillidos de niños. La leve lluvia, demasiado suave como para limpiar el aire, había levantado los olores de la calle. Los olores de la basura, el moho, comida cocinada y una enorme lista de otros olores inidentificables se mezclaban y asaltaban sus fosas nasales, se extendían por sus papilas gustativas y lo obligaban a hacer una mueca de asco.

La mayor parte de las calles estaban desiertas, sin embargo, al final de un bloque, una mujer solitaria se resguardaba bajo el cobijo de un toldo. Llevaba tacones altos y un abrigo de paño que le llegaba hasta las rodillas. Tenía las piernas gruesas y no llevaba medias. Mientras Thorne se acercaba a ella, se giro hacia él. La luz de la farola que caía sobre ella le descubrió su rostro: miserablemente chupado, de rasgos marcados aunque también carnosos, los ojos desapasionados, pero que aun así no dejaban de ser incitantes. Thorne se

sintió atraído por aquella invitación y cualquier idea de aceptarla lo incomodaba. No entendía tales impulsos en él mismo. A la vez que se estremecía en su interior, pasó caminando junto a ella.

Para entonces ya estaba bien internado en el barrio bajo. Muchos de los edificios por los que pasaba estaban abandonados. En una fachada oscura, cuyas ventanas rotas habían sido cubiertas con tablas de manera muy rudimentaria, habían pegado en filas idénticas folletos de la ciudad estado para alentar a los no registrados a solicitar el estatus de ciudadano. Los moradores del barrio bajo habían desfigurado aquellos folletos con sus propios lemas, y a su vez habían vuelto a desfigurar sus propios eslóganes, lo que creaba una sensación de estar en medio de un *collage* de sentido vencido por el sinsentido. La razón borrada por la emoción. ¿Declaraciones personales?, ¿propaganda terrorista?, ¿arrebatos escatológicos antisociales? ¿Quién podía decirlo? Ininteligibles, las inscripciones que había en la pared parecían garabateadas en tantas lenguas diferentes como individuos perturbados las habían dejado allí.

En una pequeña plaza que había esquivado el aluvión de folletos y la arremetida de grafitis superpuestos, alguien había utilizado la suciedad acumulada en la superficie como fondo y un instrumento afilado a modo de herramienta de escritura para inscribir una estrofa de ripios que era legible. Thorne se detuvo para leerla.

¿Están las Tierras Muertas de verdad muertas?
¿La ciudad tiene más estilo?
Cuando sus calles se bañen de rojo,
¿cuál te pondrá más enfermo?

A pesar de que la inscripción adoptaba la forma de una canción infantil, él sabía que se refería a los Disturbios del

37, cuando las calles de muchos barrios bajos, si no fueron literalmente bañadas en sangre, al menos sí que quedaron manchadas. También incorporaba la fantasía de todo habitante de barrio bajo: que había tierras más allá de las fronteras de la ciudad estado que eran habitables. En su encarnación más elaborada, esta fantasía tomaba la forma del mito de un legendario y fabuloso nirvana, una tierra de leche y miel donde el alimento crecía para tomarlo y todos vivían en bucólica armonía.

En una calle lateral, poco más que un callejón, Thorne dio con el bar que frecuentaba con mayor asiduidad. El establecimiento no tenía nombre, su única denominación era un letrero de neón que proclamaba «aberna», la «T» que le faltaba a la palabra era un tubo negro quemado, que resultaba invisible en la oscuridad de la noche a no ser que uno se fijara de cerca. Thorne se fijó en que alguien había vomitado en la alcantarilla cercana. Empujó la pesada puerta para abrirla y entró.

El mundo de Diana latía con luz y color, placer y belleza. El estimulante que se había tomado corría por sus venas. Su mejor amiga, Heather, estaba a su lado, tenían los brazos entrelazados, sus caderas se rozaban de manera intermitente mientras que la pasarela móvil que llevaba a la zona de ocio zumbaba bajo sus pies y las llevaba entre la muchedumbre por la avenida de la Luna hacia abajo. Carteles brillantes y lámparas llenas de color bailaban sobre sus cabezas. Desde los teatros y pistas de baile salía música que se enrollaba sobre ellas como si el aire de la noche se hubiera transformado no solo en su medio, sino en su mismísima sustancia.

La lluvia había cesado, y las voces risueña, las caras sonrientes, el calor humano que se sentía por todas

partes y la droga que habían tomado, todo se combinaba para hacer que la noche pareciera más animada y especial de lo que ya era.

Estaban jugando a un juego al que ya habían jugado antes. Aunque la silueta de Diana estaba más llena que la de Heather, ambas eran prácticamente de la misma altura. Habían elegido sus disfraces a propósito para parecerse la una a la otra. La peluca rubio oscuro de Diana y los anchos pómulos de su máscara dérmica eran los de Heather. Los mechones caoba de la peluca de Heather y las pecas que cubrían su máscara dérmica eran de Diana. Cada una era una y cada una era la otra. Para completar aquellas identidades compartidas, se habían intercambiado las blusas y los pendientes en el piso de Heather antes de marcharse.

Las marquesinas brillantes pasaban junto a ellas. Comentaban películas y espectáculos que ya habían visto, especulaban acerca de otros o se contaban la una a la otra lo que habían oído sobre ellos. Diana quería ver a los bailarines en The Paladin. A Heather le interesaba más seguir en la pasarela móvil que recorría el camino hasta el final de la avenida, hasta el parque que había más allá de la fuente de Severin, donde el circo de la ciudad libre actuaba en la plaza del Fundador. Diana no discutió. Se sentía demasiado perfecta como para hacerlo. Dejaría que la marea de la noche la llevara a donde quisiera hacerlo.

Las dos mujeres se bajaron de la pasarela al final de esta y se encontraron con la fuente de Severin ante ellas. Como siempre, se detuvieron un momento a observar intimidades. Aquella semana los bordes de la pileta estaban cubiertos de brillantes mosaicos que mostraban el nacimiento de la ciudad estado en brillantes colores primarios. Diana y Heather rodearon la fuente despacio, hasta que vieron los cuatro paneles.

Primero un paisaje desolado, con dos ciudades rotas lejanas y nada verde, en muestra del legado que dejó el último ciclo de guerras. En el segundo panel el paisaje cambiaba. Ciudades individuales habían comenzado a erigirse de nuevo y la tierra que había a su alrededor estaba salpicada de fértiles santuarios verdes. Hombres y mujeres cruzaban la llanura. En el fondo, otros se reunían alrededor de una mesa sobre la que había unos diagramas extendidos. Allí estaban el crecimiento de la tecnología y los grandes impulsos de reconstrucción. En la tercera escena las ciudades eran más grandes y estaban llenas de luz, la llanura cada vez más llena de remansos de fertilidad. Hombres, mujeres y niños de todas las razas paseaban del brazo por los jardines y entre las fuentes, en una representación del fin de las fronteras nacionales.

El último panel era muy parecido al tercero, excepto que los colores eran mucho más vivos y que las ciudades individuales se habían fundido en una gran ciudad, rodeada de un cinturón verde. Las libertades positivas de vivir en la ciudad se mostraban con símbolos. Una cornucopia en el cielo sobre la pradera: libertad sobre el deseo. El sol que se elevaba sobre una luna diurna: la libertad para compartir entre todos. Además de los diversos caminos que se abrían entre los bosques que representaban la tercera libertad, la libertad de elección, de elección positiva, algo que no se podía comparar a lo que cualquier otra civilización anterior hubiera podido tener.

La propia fuente impresionaba más que los mosaicos. La mayoría de los críticos la veían como el mayor logro de Severin. Sesenta metros de altura, el agua iba de un extremo a otro en entramados tan complejos que el ojo era incapaz de seguirlos o la mente de reconocerlos, pues eran multitud de pequeños arroyos que giraban y se escondían

y a veces hasta parecían elevarse hacia el cielo más que bajar a la tierra.

Mientras las dos mujeres rodeaban el perímetro de la fuente, unas gotas de agua les llegaron a los brazos desnudos. Profirieron unos grititos por el frío y la diversión, y corrieron hacia el parque que había más allá. Los altos arcos de luz hacían que la escena fuera casi tan brillante como si hubiera sido diurna.

Había árboles y hierba por todas partes. Ciudadanos en grupos, parejas y en solitario, caminaban libremente y jugaban por las praderas. Heather y Diana paseaban, a la vez que saboreaban la belleza natural y observaban a otros hombres y mujeres de la misma manera que estos las observaban a ellas y coqueteaban con los ojos y el movimiento de sus cuerpos. Diana se aventuró hasta el punto de ofrecer su mirada descaradamente a un guardián que pasaba por allí. Este se apresuró, aparentemente ajeno a su insinuación.

Un bar en un sótano, cuadrado y con el techo bajo. A pesar de que todavía era temprano, estaba lleno de moradores del barrio bajo. Algunos hombres, aquellos considerados incapaces de trabajar y a los que mantenía el Estado, se pasaban allí todo el día. Como se había unido a ellos para jugar a las cartas... Richard Thorne conocía a algunos de ellos de vista, y sin duda ellos lo recordaban a él. Aun así no se intercambiaron saludos en absoluto. Su ropa, sus gestos, su manera de hablar, todo aquello revelaba que pertenecía a un mundo que aquellos hombres envidiaban y despreciaban. Nunca llegaría a ser un auténtico participante de todo aquello, solo sería un observador y un pretendiente. Alguien de fuera. Al mismo tiempo, sus continuas visitas al

barrio bajo cada vez lo definían más como alguien de fuera, en el mundo al que sí pertenecía.

Las mujeres que estaban presentes eran camareras o prostitutas. Algunas desempeñaban ambas funciones. Aquel era otro elemento del pasado, cuando los establecimientos como aquel abundaban en cualquier gran ciudad y se encargaban del ocio de los hombres solitarios.

Hacia el fondo de la habitación varios hombres se agrupaban alrededor de una diminuta mesa de billar, el tapete estaba tan desgastado que el fieltro verde se veía gris con la luz que iluminaba el recinto. Varias partidas de cartas estaban ya empezadas y seguían su curso, y en una mesa se jugaba una escandalosa partida de dados, con muchos gritos e insultos. Thorne pidió una cerveza en la barra y se dirigió a un banco que había en una esquina para sentarse.

Sorbió de la jarra helada, y dejó asentar la bebida entre un trago y otro. Al otro lado de la habitación, una camarera que pasaba cruzó la mirada con él y le sonrió. Él fingió no darse cuenta y se dejó caer en la sombra de la esquina de su banco.

Hacía un par de semanas había pagado por ir arriba y acostarse con aquella mujer. Era más joven y más atractiva que la prostituta callejera con la que se había cruzado antes, pero a diferencia de las cortesanas de los salones, nunca se había molestado en aprender lo más mínimo acerca de técnicas sexuales. Thorne se las apañó para completar el acto, pero el episodio en conjunto demostró ser tan poco satisfactorio que le había hecho replantearse las razones por las que iba al barrio bajo.

Los salones de expresión parecían ofrecer todo lo que podía desear, la realización de prácticamente cualquier ilusión que pudiera imaginar y describir. Para la anómala

conciencia de Thorne, aquella misma perfección demostraba ser un fallo. Menos por los raros momentos de total implicación en la ilusión, faltaba toda sensación de auténtica aventura. Aunque la calidad de vida y placer en el barrio bajo era muy inferior, al mismo tiempo existía una incertidumbre, un riesgo y quizás hasta peligro. La perturbada conciencia de Thorne traducía aquello como una experiencia auténtica.

Hizo girar la jarra de cerveza medio vacía sobre la humedad que la cubría por la condensación. A pesar de que llevaba varios meses visitando el barrio bajo, a excepción de un enorme sentimiento de culpa, su vida no había cambiado. La verdadera aventura parecía evitarlo. Todo lo que encontraba allí eran prostitutas, juegos insignificantes, bares y restaurantes baratos, calles sucias y a su alrededor las vidas vacías de una subcultura que moría. Hasta la cerveza sabía rancia una vez que perdía el frío que ocultaba su inferioridad.

Thorne se bebió lo que quedaba. Para evitar a la camarera, se puso en pie para ir a por otra a la barra.

Nadie lo miró.

Ni siquiera el camarero mientras le cogía el dinero y le rellenaba la jarra.

Bajo un árbol grande, con la espalda apoyada en el tronco, en la silla natural que formaban la tierra y la corteza, un hombre tocaba la flauta. Diana y Heather se acercaron a escuchar. No tocaba muy bien, pero el tono del instrumento era tan hermoso que solo eso hacía que la canción fuera atractiva. La máscara dérmica del hombre tenía una barba oscura, y su peluca tenía mucho pelo y resultaba exuberante, llevaba una capa negra sobre los hombros. Del cuello a los

tobillos llevaba un mono ajustado plateado que brillaba como el agua a cada movimiento que hacía. Tras un momento dejó de tocar y levantó la vista. También tenía los ojos oscuros y las pupilas tan dilatadas que era difícil distinguir el color del iris.

—¿Estáis colocadas? —preguntó.

—Borealis. —Heather contestó con el nombre de la droga que habían tomado Diana y ella.

—Yo soy Teatro —les dijo. Arrastró la erre al decir el nombre. Era una invención más interesante que la mayoría.

—Yo soy Heather —dijo Diana—, y esta es Diana. Heather se rió suavemente mientras se soltaba del brazo de Diana.

Teatro se puso en pie.

—Es un placer conocerlas, señoras. —Era un hombre alto, de pecho ancho. Diana se fijó en que llevaba una pulsera de emparejamiento con diamantes en la muñeca. La suya de oro parecía inferior al compararla.

—Es una noche muy hermosa —prosiguió Teatro. Hizo sonar un par de notas con la flauta—. Y también vosotras. ¡Ambas lo sois!

Bailó un poco alrededor de las dos mujeres a la vez que hacía escalas con su instrumento cuando no estaba hablando.

—Vosotras sois dos y yo solo soy uno.

El músico se había puesto detrás de las dos mujeres y estas se giraron para mirarlo y se rieron.

—Pero, ¡os contaré un secreto! —dijo, mientras iba y venía dando saltitos—. Tengo un amigo que en mi modesta opinión es también una persona encantadora.

Se quedó parado frente a ellas de nuevo y les hizo una profunda reverencia blandiendo la flauta ante él.

—Señoras, ¿les gustaría ir al circo? ¿Les gustaría conocer a mi amigo?

—Parece que ya hemos encontrado un payaso —le susurró Heather a Diana.

—Puedes quedarte con su amigo —le contestó Diana, también en un susurro—. A mi este no me disgusta. Es más, me gusta.

Pronto los tres caminaban del brazo por el parque. A lo lejos, en la plaza del Fundador, podían ver las brillantes luces del circo entre los árboles. El borealis todavía tenía que terminar de subirles y Diana notaba ya como se aceleraba como si las estrellas estallaran en su interior. Por los brazos. Por los muslos. Por los hombros. Sentía que pronto todo su cuerpo sería capaz de sentir un orgasmo.

Los dedos de Heather se entrelazaban por los rizos de la peluca oscura de Teatro. La flauta de plata le sobresalía del bolsillo trasero y Diana la recorría de arriba abajo y de abajo arriba sintiendo la suavidad de su superficie, sus protuberancias y hundimientos.

Es todo tan fácil, pensó, tan natural. ¿Por qué tiene que complicarlo tanto Richard?

Entonces recordó que era martes por la noche, su noche de libertad personal. No debería estar pensando en su pareja escogida.

Unas cuantas horas y muchas cervezas después.

La borrachera se elevaba en su interior como una ola templada que caía una y otra vez sobre su conciencia, cada vez subía más por la orilla. El bar estaba muy lleno y la atención de los clientes para entonces estaba concentrada en la partida de dados. Para aquellos moradores del barrio bajo las apuestas estaban muy altas. La mesa estaba cubierta de montones de billetes arrugados.

La gente había dejado de beber allí hacía ya un rato. El agolpamiento de observadores era tal que imposibilitaba que se sirvieran bebidas. Thorne había abandonado su banco para levantarse y mirar. Unos cuantos hombres esperaban su turno en el juego y se hacían con las sillas vacías que dejaban los perdedores, que abandonaban el círculo de jugadores. Tres hombres, tres ganadores, se mantuvieron durante toda la partida.

Uno de ellos, un hombre de baja estatura y tez oscura, con la cara arrugada y angulosa, y los ojos pequeños y hundidos bajo el entrecejo llamó la atención de Thorne. Iba con la cara sin afeitar, no se estaba dejando crecer la barba, tan solo estaba desaliñado. Llevaba ropa apagada, anodina, la ropa de un simple jornalero o las propias de un hombre que lleva ropa porque es funcional, como alternativa a ir desnudo.

La intuición tiraba de la mente de Thorne, le decía que debía reconocer a aquel hombre. Había algo en sus gestos, en la manera en la que giraba la cabeza, en su voz, más baja y más suave a pesar de la excitación del juego de lo que sus duros rasgos podrían indicar.

A través de la nube de su borrachera, Thorne repasó las otras noches que había pasado en el barrio bajo, intentó ubicar aquella figura baja y oscura, y darle algún significado. Trató de recordar las imágenes holográficas de los últimos meses, con la idea de que daría con un delincuente buscado por la ciudad estado. ¿Podía ser que estuviera pensando en otra persona que se pareciera a aquel hombre? Nadie de toda la gente que conocía se parecía a aquel hombre.

El juego de dados era uno antiguo, una evolución de uno parecido de los Años Grises, que a su vez era una versión similar de otro aún más antiguo. Se tiraban dos dados, ambos eran cubos de seis lados con círculos de colores en sus

caras. Rojo por la matanza. Negro por la plaga. Marrón por las Tierras Muertas estériles. Azul por el agua. Verde por la vegetación. Plata por la luna. Se trataba de tirar y repetir determinadas combinaciones de colores y evitar otras. Era un juego simple para mentes poco sofisticadas en la que el dinero podía cambiar de manos con gran rapidez a poco que el jugador tuviera algo de suerte y un mínimo de habilidad con el movimiento de los dados.

—Lu-na... lu-na... lu-ná-tico yo, —gritó el hombre de piel oscura a la vez que se llevaba los dados a la boca y los soplabla para que le dieran buena suerte antes de tirar.

Los pequeños cubos de plástico volaron por el aire y rebotaron retorcidamente por la desgastada mesa. Aparecieron dos discos de plata y de la garganta del hombre salió un grito de júbilo. Movi6 las manos hacia delante y se acerc6 hacia s6 todos los billetes que hab6a a su alrededor.

Thorne le mir6 el dorso de las manos mientras quedaban expuestas al cono de luz que daba la l6mpara de techo que hab6a sobre la mesa. Eran lisas y p6lidas. Demasiado lisas y p6lidas. Ni las manos ni la voz correspond6an con la cara del hombre.

Un perdedor se levant6, maldijo abiertamente y se abri6 paso entre la multitud. Varios hombres forcejearon por la silla vac6a. Se intercambiaron palabras de enfado. La tensi6n del juego se hab6a extendido a los observadores. Parec6a como si se pudiera producir una pelea en cualquier momento. Entonces un hombre m6s bravuc6n que los dem6s reivindic6 su derecho a la silla vac6a.

Thorne se acerc6 cuando se movi6 el c6rculo. Estaba de pie junto a la mesa, justo enfrente del hombre al que hab6a estado observando. El tipo levant6 la vista del mont6n de billetes arrugados que acababa de ganar y cruzaron las

miradas. Por un momento, el hombre se quedó paralizado. No sentía ni no veía. Al instante, sin embargo, el miedo que había en sus ojos era un grito ahogado hacia Thorne.

¡Miedo ciego sin razón!

Thorne retrocedió la mirada confuso. El misterio al que había estado jugando era real, no era otra fantasía. Aquel hombre extraño lo conocía. Y por alguna incomprensible razón, lo temía.

El hombre bajo de tez oscura hizo caso omiso de las protestas de los otros jugadores y recogió sus ganancias, se guardó billetes y monedas en los bolsillos por donde pudo y algunos hasta cayeron al suelo. El miedo le salía por los ojos. No volvió a mirar a Thorne de nuevo. Le temblaba la mandíbula. La pálidas manos le temblaban al abandonar la silla...

La lucha por aquel segundo sitio vacante comenzó. Varios hombres cayeron de rodillas para recoger las monedas y billetes sueltos que se habían caído al suelo. En lugar de abandonar el círculo, el hombre rodeó su borde interno y se dirigió hacia Thorne.

Thorne se dio cuenta de que por fin le estaba ocurriendo algo distinto, una posible aventura se abría ante él. La única diferencia era que en sus sueños sus acciones eran siempre decisivas y su papel estaba claro, y en la realidad no tenía ni la menor idea acerca de lo que era aquello.

De repente tuvo ganas de escapar, quiso hacerse invisible. Los cuerpos que lo rodeaban estaban demasiado juntos y no podían ofrecerle más que una retirada lenta. Antes de que pudiera empezar, aquel hombre ya estaba junto a él y le tiraba de la manga del mono ajustado. La multitud seguía absorta en la acción principal del juego. Habían tirado los dados otra vez.

Thorne se dio la vuelta e intentó zafarse.

—No... todavía no... Thatcher, Sol Thatcher, Sabía de él..., pero nunca lo imaginé de ti. —El aliento del hombre era caliente y pastoso a causa de la bebida. Sus palabras eran una mezcla que se revolvía y se perdía en parte en el ruido del lugar—. No te vayas. Puedo explicarlo... todo... hacerte ver... no es lo que piensas para nada. Tú... un guardián de almas... nunca lo habría sospechado... sabía lo de Thatcher.

Thorne no pudo darle un significado sensato a lo que aquel hombre decía, ni siquiera cuando las frases entrecortadas comenzaron a formar frases coherentes.

¿Thatcher? En su oficina había un hombre que se llamaba así. Pero, ¿qué tenía que ver Thatcher con nada de aquello? ¡Y pensar en él mismo como un guardián! Aquello terminó de completar lo absurdo de toda aquella situación.

La confusión de Thorne se hizo aún mayor. El pensamiento claro y el miedo crecieron en su interior como una ráfaga de viento, tan ciego e irracional como el que él mismo había presenciado antes. Sus aventuras imaginarias nunca habían implicado peligro real o incertidumbre alguna. Empezó a retroceder entre la muchedumbre.

El hombre oscuro no estaba dispuesto a dejarlo marchar. Se cogió de la manga de Thorne y le toqueteó el hombro. Aunque su voz sonaba más calmada, la terrible súplica continuó.

—Lo comprenderás. Sé que lo harás. Te he observado. Eres distinto a los demás. Ven, ven a beber algo conmigo. Te lo puedo explicar todo.

Las dos figuras entrelazadas llegaron como una sola al espacio vacío que había detrás de los observadores. Se tropezaron el uno con los pies del otro en una grotesca danza de tira y afloja. Todo aquello era ridículo y aterrador y estaba sucediendo tan deprisa que Thorne no sabía si

reírse o llorar. Los ríos de cerveza que había en su tripa se movieron en una enfermiza oleada.

—¡Solo una copa! Dime, ¿qué daño puede hacerte?

Era un hombre bajo, pero actuaba con decisión. La fuerza de su mano sobre la manga de Thorne no se aflojó. No tenía manera de soltarse que no implicara un combate cuerpo a cuerpo. A pesar de que le sacaba una cabeza a su no buscado acompañante, nunca había sido un hombre demasiado corpulento.

Allí estaba el proyecto de héroe que soñaba con enfrentarse al fuego y a la tormenta para regresar y que las nobles damas le lanzaran guirnaldas de adoración. Le sudaban las manos. Tenía la garganta seca, notaba el pulso en los oídos. La realidad había elegido otro manto para él, uno más auténtico. Sin protesta alguna, permitió que lo llevaran a un banco al fondo de la taberna

Aquella esquina de la estancia estaba desierta y muy mal iluminada. El hombre oscuro, en lugar de sentarse en el banco que había frente a Thorne, se apretó junto a él como para evitar cualquier intento de escapada. A aquella distancia, el rostro del hombre, con su incipiente barba, parecía tan desagradable y lleno de suciedad que Thorne se separó de él un poco más hasta que se encontró pegado a la pared.

Se resignó a lo que le fuera a suceder, aunque de ninguna manera tuviera ganas. Ahora que estaban ambos sentados, su adversario parecía tan estupefacto como él. Movi6 la cabeza de forma extraña. Sonreía con una mueca atormen-tada. Tenía las pálidas manos entrelazadas, jugando la una con la otra.

—Una cerveza... sí, una cerveza —dijo por fin.

El hombre miró a su alrededor en busca de una camarera, pero no había ninguna a la vista.

Thorne por fin recobró la voz.

—No sé... quién eres —dijo con voz ronca, sorprendido de su repentina declaración.

El movimiento del hombre oscuro se detuvo. Su cabeza se giró para mirar a Thorne, abrió la boca y abrió los ojos de par en par.

—¿No me has estado siguiendo? ¿No me has estado espiando?

Thorne movió la cabeza con fuerza, en una negación muda, a la vez que rezaba por que fuera lo que fuera en lo que lo hubiera metido su curiosidad, la salvación estuviera a mano.

—¿Y no eres un guardián de almas?

—No. Jamás. —Esta vez sí reconoció las palabras como suyas.

Se produjo una pausa prolongada.

Después un estallido de alegría brotó de la garganta del hombre bajo. Le siguió la risa. Su cuerpo se balanceó hacia delante y hacia atrás en los estrechos límites del banco. Las lágrimas brotaban de los ojos.

—Es asombroso... verdaderamente asombroso...

—Le dio un manotazo a Thorne en la rodilla y le aporreó el hombro—. Asombroso. Las malas pasadas que le puede jugar la mente a uno... ¡Verdaderamente asombroso!

El hombre de piel oscura se llevó una mano al nacimiento del pelo y tiró hacia abajo. Los contornos de una máscara dérmica cuidadosamente colocada se soltaron mientras la separaba de su rostro.

—Seguramente no debería haberlo hecho —dijo—, pero estoy un poquito borracho.

Thorne tardó varios segundos en reconocer el rostro que tenía ante sí. Pálido, redondo e inofensivo: cándido. Era el de uno de los programadores que trabajaba en su oficina, unos cuantos cubículos más allá del suyo. Un hombre callado en el que nunca se había fijado.

Thorne era incapaz de recordar el nombre del hombre. Pero su apellido era DeLyon.

Eran hermanos de culpa, hermanos de engaño. Las circunstancias decretaron que su amistad quedaría sellada antes de que empezara.

Hablaron, vacilantes al principio, incómodos, tras haber conseguido por fin que le atendiera una camarera y una jarra de cerveza. En su conversación abundaban más los silencios que las palabras. Se fueron abriendo el uno al otro de manera gradual. DeLyon era el más dispuesto. Thorne lo hizo después, se sorprendió a sí mismo en su borrachera, al dar voz a sus frustraciones y fantasías de una forma en la que nunca lo había hecho con Diana.

Se convirtieron también en hermanos de confidencias. Pensaban más en sus similitudes que en sus diferencias. Lo cierto era que no se parecían en nada. Tan solo se parecían en las primeras manifestaciones de su anomalía.

Tal y como lo expresaban los compañeros de trabajo, Daniel DeLyon era una *rara avis*. Cuarenta años, sin pareja, todavía vivía con su madre inválida, su individualidad encontraba expresión a través de los juegos, todo tipo de juegos, de habilidad o de azar, como participante o como espectador. Mientras que en el trabajo de manera casi permanente tenía un cable de auricular que iba de su oreja al bolsillo de su camisa para poder estar al tanto de los últimos resultados de los partidos de *fireball* o de los combates, o seguir en directo cualquier evento deportivo que se estuviera desarrollando en aquel momento. Muchos de los que solo lo conocían de vista creían que era medio sordo, y DeLyon, con su calma cara redonda, fomentaba aquel malentendido cuando no tenía ganas de hablar.

Ya hemos mostrado el caos de la proyección de Thorne: la flor indistinguible, las líneas rotas y dispersas que salen de la nada y desaparecen en el vacío. La de DeLyon no se le parecía en absoluto. La proyección de su psique era sólida y contenida. La única anormalidad era que desde el comienzo de la adolescencia era doble. Dos tallos separados. Dos flores estrechas. Una crecía recta y en buenas condiciones dentro de los límites del comportamiento normal. Otra salía de la edad de doce años, el comienzo de la adolescencia, pero también se curvaba para definir su propia rectitud y estabilidad, en paralelo a su gemela, pero ambas separadas. Daniel DeLyon era el clásico ejemplo de una doble personalidad.

Había nacido sin registrar, su padre era un morador de un barrio bajo que abandonó a su familia, su madre inválida y su hermana todavía están sin registrar, y creció en un barrio bajo parecido al que ahora frecuentaba. Había sido agraciado con el don de una magnífica inteligencia y una mente extraordinariamente precisa, una memoria casi fotográfica por su exactitud, que con el tiempo se manifestó como una meticulosa atención a los detalles, que a menudo nacía de la necesidad constante de corregir en los otros hasta el más nimio de los errores.

Cuando era niño, DeLyon no había recibido el condicionamiento primario. Aun así, cuando solicitó la ciudadanía a los dieciséis años, sus perfiles de personalidad demostraron que se encontraba estabilizado entre los márgenes de la normalidad. Era su personalidad primaria la que allí se mostraba. Una vez se hubo convertido en ciudadano, su precisión y su inteligencia lo llevaron a lograr un título de tercer grado y finalmente logró su puesto como programador de sistemas del sector Delta.

Un antiguo profesor lo definía así: «Un estudiante aplicado, aunque no brillante. Trabaja duro. Un tipo formal pero bastante aburrido». Esa era la misma personalidad que logró confundir a nuestros exámenes. Era el hombre que compartía trabajo a diario con otros compañeros que tan solo lo encontraban «un poco raro».

Durante su tiempo de ocio el segundo Daniel DeLyon salía a la luz, un hombre con todas las características no civilizadas que había reprimido con tanto cuidado para lograr el registro. Egoísta, compulsivo, con tendencia a la paranoia extrema. Richard Thorne, en su ingenuidad y búsqueda de algo diferente, quedó totalmente fascinado y sucumbió completamente.

El bar cerró después de la media noche y los echaron a las frías y oscuras calles. Decidieron quedar para comer al día siguiente y acordaron tímidamente pasar la siguiente noche de martes juntos. Antes de que se separaran, ya al final del barrio bajo, DeLyon lo detuvo.

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué no llevas una máscara dérmica? —DeLyon se había vuelto a poner la suya, aunque un poco torcida, antes de salir del bar—. Si los guardianes se enteran de que has estado viniendo aquí, te interrogarán con toda seguridad. ¡Y ya sabes lo que eso significa! —En sus ojos se volvió a reflejar el miedo de antes—. Si no das con la respuesta correcta puedes acabar en un escáner. Te vaciarán la mente. Te la lavarán. Todos los pensamientos. Todas las acciones. ¡Todo lo que haya! ¡Y después lo juntarán todo de la manera que ellos creen que debería ser! —Para cuando hubo terminado de hablar, su voz había bajado hasta convertirse en un susurro.

Thorne había oído rumores acerca de escáneres antes. No creía que existieran de verdad. Pero, cuando pensó en la pregunta de DeLyon, no fue capaz de dar con una respuesta.

A no ser que estuviera pidiendo que lo cogieran, que buscara ayuda de alguna manera. Y eso era ridículo. No estaba tan desesperado ni tan insatisfecho con su vida.

Otra noche de martes. Heather se había pasado temprano para ayudar a Diana a planear una fiesta para sus amigas. Más tarde se pondrían las máscaras dérmicas y saldrían por la noche. Thorne había decidido quedarse en casa. Estaba intentando encontrar algo que ver en el holo. Había más de cien canales para elegir, y aun así con frecuencia afirmaba no encontrar nada que ver que mereciera la pena. Justo cuando se había decidido por una película que dramatizaba los Disturbios del 37, la última resistencia organizada contra los registros, Diana le hizo apagar el audio para que Heather y ella no tuvieran que subir el tono para oírse. Había logrado identificar al héroe y al villano, pero sin el sonido era muy complicado encontrarle sentido a la trama.

Habían pasado tres semanas de su primer encuentro con DeLyon. En los martes que pasaron desde entonces también quedaron, y como decía DeLyon: «Habían ido de puteo juntos». Una vez al barrio bajo y otra a los salones. Después, DeLyon insistió en que se contaran sus experiencias por separado con todo detalle. Thorne tenía que admitir que aquella nueva compañía eliminaba muchas de las tensiones de su vida. Su trabajo había mejorado de manera considerable, y su relación con Diana había vuelto al patrón cómodo que había prevalecido durante el primer año de convivencia. Aun así, había cosas de DeLyon que habían empezado a molestarle.

Diana y Heather estaban sentadas en unos taburetes en la micrococina, con las largas piernas colgando mientras hojeaban catálogos para tratar de decidir un regalo y un

tema para la fiesta. Acordaron que el tema sería histórico, pero no se decidían acerca de la época.

Como Thorne era el que afirmaba ser historiador, Heather se bajaba de su banco periódicamente, y cruzaba la habitación para pedirle su opinión. Se sentaba en el brazo de su silla y le sostenía el catálogo abierto por la página en cuestión, a la vez que le rozaba el hombro o le tocaba el brazo por casualidad. Diana parecía indiferente a los pequeños coqueteos de Heather. A Thorne le incomodaban cada vez más sus visitas al piso.

Sonó la campanilla de la puerta y Thorne fue a abrir.

Se encontró con un hombre que a pesar de ser bajo, era increíblemente atractivo. Tan atractivo que algunos hasta dirían que era hermoso. Los rasgos de su rostro eran pequeños y estaban perfectamente formados. Una mata de pelo rubio ondeaba hacia atrás en un tupé alto. La suave luz de la entrada hizo que a Thorne le llevó varios segundos darse cuenta que tenía delante una máscara dérmica y una peluca.

—Soy yo... DeLyon.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le dijo Thorne entre dientes.

No hubo tiempo para respuestas. Las dos mujeres se acercaron a ver quién estaba allí. A regañadientes, Thorne invitó a su amigo a pasar al piso e hizo las presentaciones.

—Es otro de los programadores con los que trabajo —dijo. Era la verdad, aunque no toda la verdad.

—¿Por qué llevas una máscara dérmica? —preguntó Heather.

—Es nueva y quería probarla —le dijo DeLyon.

—Parece estupenda —le aseguró.

DeLyon tenía dos entradas para un torneo de *fireball* en el sector Ómicron y había ido a invitar a Thorne a que lo

acompañara. A Thorne no le importaba para nada el torneo y en el viaje a Ómicron, aunque fuera en el tren subterráneo, se tardaba casi una hora. Además quería terminar de ver el programa que estaba viendo.

—Venga, ¡ánimate! —le dijo Diana—. Deberías salir más, en lugar de quedarte por aquí sentado, leyendo y viendo el holo todo el tiempo.

DeLyon se acercó silenciosamente a Thorne y levantó las entradas para que las pudiera ver. Resultaba que ni siquiera eran entradas, no eran más que dos rectángulos naranjas que había recortado de las cartulinas que utilizaban de separadores en el trabajo.

—Venga —le dijo—, te gustará. Juegan los Stalwarts y los Paragons. Este partido puede decidir el título de campeón de liga.

Con una prisa enfermiza, Thorne se dio cuenta de que tenía que sacar de allí a DeLyon antes de que la farsa se viniera abajo y comenzaran las preguntas de Diana. Se dirigió al armario para coger su abrigo, a la vez que murmuraba su aceptación.

—No olvides tu máscara dérmica —le dijo DeLyon—. Nunca se sabe a quién nos podemos encontrar. —Le guiñó el ojo a Heather, bromeando y esta le siguió el juego—. No nos esperéis despiertas —añadió.

Mientras salían por la puerta Thorne pudo echarle un último vistazo al holo sin sonido. El actor que había creído era el villano había disparado al que había confundido con el héroe. La heroína, hija de un guardián, corría por un campo de hierbas que se mecían al viento para recibir su abrazo.

Un buen truco, pensó Thorne, puesto que los Disturbios del 37 se habían producido en zonas urbanas. Y que, hacía menos de veinte años, los campos de hierba solo existían en